

109 / Documentos de Trabajo

# UCRANIA ENTRE RUSIA Y OCCIDENTE: MITOS Y REALIDADES

Lila Roldán Vázquez

Directora del Grupo de Estudios Contemporáneos  
del Espacio Euroasiático

CARI /

# UCRANIA ENTRE RUSIA Y OCCIDENTE: MITOS Y REALIDADES

Lila Roldán Vázquez

Directora del Grupo de Estudios Contemporáneos del Espacio  
Euroasiático

# Documentos de Trabajo

Nº 109

MARZO 2022

ISSN 1668-933X

CONSEJO ARGENTINO PARA LAS  
RELACIONES INTERNACIONALES

Las opiniones expresadas en esta publicación son exclusiva  
responsabilidad de sus autores y no reflejan necesariamente el pensamiento  
del CARI

CARI Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales  
Uruguay 1037, piso 1º, C1016ACA Buenos Aires,  
República Argentina

Teléfono: (+5411) 4811-0071 al 74 / Fax: (+5411) 4815-4742

Correo electrónico: [cari@cari.org.ar](mailto:cari@cari.org.ar) / Sitio web:

[www.cari.org.ar](http://www.cari.org.ar)

## Resumen

Este artículo intenta demostrar que ciertos elementos en la relación entre Ucrania y la Federación Rusa y entre ambos y la OTAN, frecuentemente utilizados para justificar políticas o acciones de la Federación Rusa, son mitos, más que realidades. Se trata de afirmaciones que se basan en algunas bases históricas o sociológicas, las cuales han sido ampliadas para adquirir una dimensión de la que en realidad carecen, o son interpretadas erróneamente con el fin de ser utilizadas en la comunicación pública.

Palabras clave: Mitos – Ucrania - Federación Rusa – OTAN – identidad - integridad territorial – neutralidad – nacionalidad



*“If you like someone else’s province, and you have enough strength, take it immediately. Once you do this, you will always find a sufficient number of lawyers who will prove that you have all the rights to the occupied territory”*

Francisco el Grande de Austria

El conflicto entre Rusia y Ucrania que hoy tiene en vilo a la comunidad internacional por sus probables repercusiones, puede considerarse desde un punto de vista estrictamente bilateral como una continuación de la tradicional ambición rusa por imponerse sobre Ucrania y de la lucha de Ucrania por conseguir –y luego mantener– su independencia frente al avance de potencias mayores. A lo largo de la historia, las diferentes encarnaciones del estado ruso –el Imperio zarista, la Unión Soviética y la Federación de Rusia– tuvieron una gran influencia política, social y económica en el estado ucraniano.

La confrontación bélica de estos días puede ser vista asimismo desde una óptica más restringida al momento actual y focalizada en la estrategia geopolítica del presidente Vladimir Putin, como una parte esencial de su objetivo: recuperar el papel de Rusia como un actor mundial indispensable en la escena internacional, en un nuevo orden multipolar en el que varias potencias –eminente la Federación Rusa– tengan un papel relevante y equitativo.

En este último contexto, el conflicto debería ser visto, sobre todo, en el marco de la confrontación Rusia-Occidente, en cuyo tablero Ucrania es un peón muy significativo y una oportunidad para el gobierno ruso de intentar imponer condiciones que conduzcan a un rediseño del marco de seguridad europea.

Al respecto, Mira Milosevich-Juaristi decía en 2017: *“La crisis de Ucrania no ha sido causa sino consecuencia de dos procesos que arrancan del fin de la Guerra Fría: el de la evolución de las relaciones entre Rusia y Occidente entre 1989 y 2014, marcado fundamentalmente por los desacuerdos respecto a la estructura de la seguridad y defensa en Europa (ampliación de la OTAN), y el incremento de las*

*tensiones entre Rusia y las antiguas repúblicas soviéticas. Ucrania es el paradigma del sentido de oportunismo y de doble revisionismo ruso: el Kremlin contaba con la pasividad de los occidentales ante la anexión del territorio del país vecino, y no estaba dispuesto a permitir que Ucrania se escapase de su ‘zona de influencia’”<sup>1</sup>.*

Por ello debe tenerse en cuenta que, pese a que el conflicto se desarrolla en suelo ucraniano, la discusión de fondo hoy no es sobre Ucrania, sino sobre el sistema de seguridad europeo y transatlántico vigente hasta ahora, diseñado fundamentalmente por los Estados Unidos y las principales potencias europeas, establecido en acuerdos sucesivos celebrados después de la II Guerra Mundial y particularmente reforzado a partir de la caída del Muro de Berlín y la disolución, poco después, de la Unión Soviética.

Dicho sistema de seguridad euro-atlántica, que Moscú desafía, se plasmó en la creación y posteriores ampliaciones del Tratado de la Organización del Atlántico Norte, que implica compromisos de cooperación y defensa mutua entre sus miembros, con gran participación y liderazgo de los Estados Unidos.

Surge así con evidencia que hoy estamos ante un conflicto en el que priman elementos estructurales internacionales y un cuestionamiento al *status quo* que se mantuvo desde la disolución de la Unión Soviética –si se puede hablar de *status quo* pese a los cambios progresivos en la membresía de la OTAN y las acciones rusas en territorio extranjero, como en Georgia en 2008 y en Ucrania (especialmente en Crimea) en el año 2014.

Esto no implica minimizar la cuestión ucraniana, que por la magnitud de sus antecedentes históricos, políticos y geopolíticos, es de consideración central e imprescindible. En el medio de la discusión bicontinental está Ucrania, como prenda de negociación entre las potencias.

---

<sup>1</sup> Mira Milosevich-Juaristi, Real Instituto Elcano: Ucrania, piedra de toque para Occidente, 23 de marzo de 2017.

No es la primera vez que este país fronterizo entre Europa Occidental y la Federación Rusa se encuentra en una encrucijada entre los valores y los intereses de Rusia y el Occidente, respectivamente. Es Ucrania un país que por sus características, recursos naturales y potencial humano ha sido recurrentemente reclamado, en todo o en parte, por las distintas potencias del momento.

En el caso particular de Rusia, sus reclamos han sido tradicionalmente basados –y lo son aún– en un número de aseveraciones que representan sus intereses o traducen sus agravios, alimentadas por ciertos elementos históricos o sociológicos que luego son ampliados o distorsionados para conformar los “mitos” que han jalonado la relación bilateral y la relación de Rusia con el Occidente.

### **El mito de la identidad común: un mismo origen, un mismo pueblo**

La Rus’ de Kiev, fundada en el año 882 de nuestra era, es reconocida y reivindicada por ucranianos y rusos por igual, como la cuna y el origen de sus respectivas civilizaciones. Las dos naciones reivindican para sí, de manera exclusiva, esa herencia histórica y cultural. Y ambas consideran el período de la Kiiv ucraniana como una “edad de oro” de la conciencia nacional, desde el punto de vista teológico-político.

La Rus’ de Kiev, una temprana monarquía feudal integrada por tribus eslavas, existió desde finales del siglo IX hasta mediados del siglo XIII, regida por la dinastía rúrika. Un detalle curioso: su moneda era la grivna, denominación actual de la moneda ucraniana.

Es esa primera entidad, creada con la participación de tribus nórdicas que comerciaban desde el Mar del Norte hasta el Mar Negro, la que está en el origen de uno de los *mitos* que sobrevuelan la relación actual entre Rusia y Ucrania y el marco más amplio del contexto europeo.



Los ucranianos consideran que la Rus' de Kiev, piedra basal de su nación, aportó por mucho tiempo su cultura y su religión a los rusos del norte, quienes, en 1147, arrasaron la capital y la fragilizaron favoreciendo la invasión de los mongoles. Para los rusos, la Rus' de Kiev es la madre de todas las ciudades de los principados nórdicos que, después de la toma de Kiev por los tártaros en 1240, se irán definiendo progresivamente como “rusas” en virtud de sus raíces rúscas. Será el fin de la Rus' de Kiev.

Así se constituye, a partir de 1240, una doble memoria sobre el origen de los pueblos, que contribuye a conformar la identidad de ambas naciones en el futuro. Raíces comunes reconocidas por los dos pueblos y trayectorias de identidad nacional diferentes.

La realidad es que la historia de ambos ha estado estrechamente ligada desde sus inicios. La Rus' de Kiev precedió temporalmente a la Moscovia, le dio origen a través de sus príncipes que reinaron a uno y otro lado de la frontera, hasta que Moscú y San Petersburgo fueron tomando preeminencia como centros de un imperio. Un ejemplo es Alexander Nevski (cuyo nombre lleva la avenida central de San Petersburgo), que nació en un pueblo al este de Moscú y era el hijo de un príncipe de la Rus', Yaroslav III de Kiev.

Podría considerarse que la Rus' de Kiev no fue en realidad un estado nacional en el sentido moderno del término, sino una unión de tribus orientales, mayoritariamente eslavas, próximas entre sí aunque distintas, que se fueron encarnando en principados diferentes al debilitarse el poder central y forjando nacionalidades separadas con un pasado común.

Así, cuando Vladimir Putin alude a la “identidad de los dos pueblos”, alimenta el mito de la identificación de Ucrania como parte del pueblo ruso y en consecuencia, sin identidad o nacionalidad propias. La realidad de un origen común se transforma así en el mito de la “identificación nacional entre ambos pueblos”, con preeminencia del pueblo ruso como única “nacionalidad válida”.

Aunque ese origen común en la base del mito sobre nacionalidades es innegable, no es menos cierto que las tribus eslavas que constituyeron posteriormente las dos naciones se establecieron primero en Kiev, en la “Kyiv Rus” y después evolucionaron históricamente adquiriendo características nacionales distintivas, entre ellas el idioma.

Esa diferenciación entre ambos pueblos llevó a Ucrania, primero bajo el dominio del Imperio Ruso y después de la Unión Soviética, a buscar su independencia una y otra vez.

Sin embargo, la conexión entre los pueblos, la interacción familiar y cultural, siguió siendo muy intensa a través de la historia, antes y después de la independencia ucraniana en 1991. Una de las consecuencias más dolorosas de las “aventuras” del presidente Putin en los últimos años, en particular a partir de la anexión de Crimea en 2014, ha sido la de separar familias, amigos, relaciones de todo tipo. Un impacto psicológico y sociológico que tardará décadas en restañarse.

### **El mito de la Ucrania inexistente, sino como parte de la URSS**

Si bien durante largos períodos Ucrania estuvo bajo el dominio ruso, ello no fue exclusivo: fue también parte del Imperio Austro-Húngaro y de Polonia, los que se disputaron en forma permanente porciones de su territorio, en el marco de sucesivos enfrentamientos entre sí y con el Imperio Ruso. También estuvo bajo control de los príncipes lituanos, entre los siglos XIV a XVI.

Envuelta en disputas territoriales de vecinos más poderosos, Ucrania intentó mantener su autonomía y, más adelante, conseguir su independencia, con relativo éxito: en general, los acuerdos que disponían de partes de su territorio eran decididos sin su participación o con una participación no decisiva.

La Unión de Lublin, en 1569, dispuso una partición del territorio ucraniano, dejando la mayoría de sus regiones –incluida Kiev– bajo dominación de la corona polaca; una pequeña porción permaneció bajo administración lituana y otra, al sur, bajo la de Moscú, en tanto que la región de los Cárpatos (la “Ucrania Cárpata”) retornó a poder de Hungría. En la primera mitad del siglo XVII, casi la totalidad del territorio ucraniano estuvo bajo dominación polaca hasta que, en 1648, tuvo lugar la insurrección de los ucranianos liderados por Bogdán Jmelnytsky, quien luego formó una alianza con Moscovia (Rusia) para combatir a Polonia.

El tratado de Pereiaslav (1654), también llamado Tratado de Moscú, que unía a los dos estados bajo un monarca común, fue muy vago y dio lugar a diferentes interpretaciones. En la práctica, facilitó la progresiva participación rusa en los asuntos de Ucrania y eventualmente, su incorporación.

Décadas de enfrentamientos y diversas, sucesivas coaliciones entre los estados interesados –principalmente Polonia, Ucrania, Moscovia– se zanjaron con la “paz eterna” firmada por Polonia y Moscovia en 1668, cuyo resultado fue la repartición del territorio ucraniano, a una y otra orilla del río Dnieper. El Estado Ucraniano Cosaco, a la izquierda del Dnieper, siguió manteniendo su autonomía de gobierno, aunque bajo la protección de Moscovia. La política del zar Pedro I, continuada con matices por sus sucesores Catalina I, Pedro II y Ana, fue la de intervenir enérgicamente en la administración ucraniana y reducir paulatinamente su autonomía, objetivo que se consumó bajo el reinado de Catalina II.

Del lado derecho del Dnieper y en el primer reparto de Polonia entre Prusia, Austria y Rusia (1776), el territorio de Galitzia, que abarcaba las provincias occidentales de Ucrania, fue adjudicado a Austria.

Durante el periodo que siguió hasta la I Guerra Mundial, el movimiento nacionalista ucraniano se fue fortaleciendo en ambas partes de Ucrania, se formaron sociedades secretas para impulsar las ideas de independencia y se sucedieron muchos disturbios reclamando el reconocimiento de la lengua y de los

valores del pueblo ucraniano, en especial en la Ucrania occidental. La falta de unidad entre las diversas regiones ucranianas debilitó el movimiento y mantuvo al país bajo la dominación rusa y austríaca.

Sin embargo, mientras se desarrollaba la I Guerra Mundial, que se cobró alrededor de un millón y medio de vidas ucranianas, Ucrania intentó declarar su independencia dos veces, una vez desde Kiev y otra desde su región occidental, en Lviv, aunque ninguna de ellas llegó a concretarse.

El proceso revolucionario de 1917 en Rusia adquirió en Ucrania el carácter de un movimiento de liberación nacional, al igual que en otras regiones del Imperio. En marzo de ese año, se formó en Kiev un “Consejo Central Ucraniano”, que convocó en abril el Primer Congreso Pan-Ucraniano, al que asistieron más de 1500 delegados de todo el país. El Congreso exigió a la Duma (Parlamento) de San Petersburgo la aprobación de plena autonomía para Ucrania. Como ese reclamo no fue aceptado, el Consejo Central difundió la Primera Universal (proclama) por la que Ucrania declaró su amplia autonomía en federación con Rusia y anunció la creación del primer gobierno de Ucrania, presidido por Mijaylo Hrushevskyi.

Los acontecimientos se precipitaron: el 20 de noviembre de 1917 se adoptó la Tercera Universal estableciendo la República Popular de Ucrania como una autonomía dentro del estado ruso e incluyendo en ella territorios habitados principalmente por ucranianos, desde Kiev y Volinia en el centro hasta Cherníhiv en el noroeste y Járkov o Ekaterinoslav en el sudeste. El 22 de enero de 1918, la Cuarta Universal del Consejo Central proclamó la independencia de la República Popular de Ucrania.

El 9 de febrero de 1918, la República Popular de Ucrania, por un lado, y el Imperio alemán, el Imperio Otomano, Austria-Hungría, y el Reino de Bulgaria, por el otro, concluyeron –por separado– el Tratado de paz de Brest-Litovsk. Ucrania fue reconocida como un estado independiente dentro de las fronteras que habían sido delineadas por la Tercera Universal.

Al final de la I Guerra Mundial, en la Conferencia de París de 1919, los argumentos de polacos y bolcheviques se impusieron a la débil diplomacia ucraniana y el Tratado de Versalles dividió nuevamente el territorio ucraniano en cuatro partes: Galicia y Volinia occidental fueron a Polonia, Bukovina a Rumania y el territorio conocido como Transcarpatia ucraniana, a Checoslovaquia; las regiones central y oriental quedaron bajo la tutela rusa, a espera del resultado de la guerra polaco-soviética. Finalmente, mediante la firma –por Polonia y Rusia, sin participación de Ucrania– del Tratado de Riga de febrero de 1921, conocido también como la “Paz de Riga”, se puso fin a la guerra ruso-polaca de 1919-20 y se terminaron de fijar los límites. Sus disposiciones, que otorgaban a Polonia partes de la actual Bielorrusia y la región occidental de Ucrania, estuvieron vigentes hasta la Segunda Guerra Mundial.

Entre tanto, catorce países habían reconocido la independencia de Ucrania y la Argentina fue el único país latinoamericano que la reconoció, en enero de 1921, poco antes de su colapso.

Esa sucesión histórica ha sido desarrollada por el presidente ruso Vladimir Putin, con una peculiar interpretación, en el documento “*Sobre la Unidad Histórica de Rusos y Ucranianos*” del 12 de julio de 2021. En él pone énfasis en el idioma común como el elemento unificador y señala que “*rusos, ucranianos y bielorrusos son todos descendientes del Antiguo Rus, que era el país más grande de Europa*”. Señala también que “*el trono de Kiev tuvo una posición dominante en el Antiguo Rus*” y recuerda las palabras del profeta Oleg quien, refiriéndose a Kiev, la llamó “*la madre de todas las ciudades rusas*”. Putin niega sin embargo que haya bases históricas para la diferenciación entre los pueblos de Rusia y Ucrania y denuncia que son “hipótesis” usadas con propósitos políticos, como herramientas de rivalidad entre los estados europeos.

El presidente Putin, quien en el cuerpo del documento considera que la Ucrania moderna es “*enteramente un producto de la era soviética*”, culpando a los

dirigentes bolcheviques de “*cortar en pedazos el país*” con el claro resultado de que “*Rusia fue robada*”, reconoce sin embargo la individualidad de Ucrania como un estado e indica que “*Rusia está abierta al diálogo con Ucrania y lista para discutir los asuntos más complejos*”. Aclara, en tanto, que Ucrania debe defender sus intereses nacionales y no servir otros intereses o ser un instrumento en manos ajenas para luchar contra su país, finalizando con esta afirmación que podría considerarse positiva: “*Respetamos la lengua y las tradiciones ucranianas. Respetamos el deseo de los ucranianos de ver a su país libre, seguro y próspero.*”

Es ya mucho más preocupante su análisis sobre la identidad ucraniana en su alocución del 21 de febrero de este año, en ocasión de anunciar el reconocimiento ruso de las autoproclamadas repúblicas de Donetsk y Lugansk y en particular la conclusión a la que arriba: según Putin, Ucrania formaría parte de la “esfera de influencia” de Rusia y sería solo un territorio que debe volver a su égida, no un Estado independiente.

Putin enunció esta convicción de forma descarnada, llevándola al extremo de negar la existencia de Ucrania como estado o como nación independiente y rechazando la idea de la cultura y la identidad ucranianas. Ucrania sería solo una “invención” de los líderes soviéticos.

Ese sentimiento de “propiedad” sobre su vecino ha llevado al Kremlin a intentar bloquear la entrada de Ucrania en la Unión Europea y en la OTAN, invocando para ello la cuestión de su seguridad nacional, la que se vería amenazada por una Ucrania formando parte de las organizaciones europeas.

Es el paroxismo de los mitos de la “identidad común” y de “la inexistencia de Ucrania como una nación independiente”.

## El mito de la promesa de la OTAN

Otro mito extendido es la “promesa” que algunos líderes occidentales habrían hecho a Rusia en 1989, en el sentido que, según las autoridades rusas, la OTAN no se movería “ni un centímetro hacia el Este”. La afirmación, desmentida por la mayoría de las fuentes occidentales, ha sido objeto de innumerables debates, precisamente porque no hay evidencias escritas de ese compromiso.

La controversia se plantea en torno a declaraciones –más bien una frase– del Secretario de Estado Baker –de la Administración de George H. W. Bush– y una expresión de deseos del Premier Gorbachev, en el marco de los encuentros y negociaciones sobre la cuestión de la reunificación de Alemania Oriental y Alemania Occidental. Las opiniones difieren sobre si Baker –que después debió alinearse con la posición de su Gobierno, menos dispuesto a compromisos con la Unión Soviética– se refería a los límites de la OTAN en Alemania o si se trataba de una autolimitación de la Alianza en un sentido más amplio y definitivo.

De las pruebas documentales hoy disponibles (documentos secretos de 1989 y 1990 recientemente desclasificados) se desprendería que las discusiones sobre el futuro de la OTAN en toda la Europa oriental habrían surgido en febrero de 1990, luego de la caída del Muro de Berlín. De dichos documentos surgiría incluso que funcionarios estadounidenses y de la Alemania Federal habrían insinuado a Moscú la posibilidad de un debate sobre la ampliación de la Alianza, a cambio de su aquiescencia al proceso de reunificación<sup>2</sup>.

De cualquier forma, la intención de limitar de alguna manera la expansión de la OTAN, si la hubo, nunca quedó registrada en un documento aceptado y suscrito por las Partes.

Esta descripción no implica desconocer las legítimas preocupaciones de una Rusia debilitada económica y militarmente, con el pacto de Varsovia disuelto, en

---

<sup>2</sup> Mary Elise Sarotte, Universidad Johns Hopkins: Rusia y la OTAN: promesas rotas?, 1 de noviembre de 2019.

relación con la seguridad de sus fronteras. Tampoco intenta justificar la sucesiva ampliación de la OTAN a sus actuales contornos, incluyendo a países limítrofes con la Federación Rusa, sin haber adoptado al mismo tiempo disposiciones que redujeran las aprensiones rusas. Algunos analistas consideran inclusive que no se justificaba tampoco la conservación de la Alianza como tal, una vez producido el desmembramiento de la Unión Soviética.

En todo caso, los países occidentales deberían haber podido “leer” las preocupaciones rusas en su verdadera dimensión y haber previsto que ellas podrían en el futuro transformarse en los “agravios” que hoy invoca Putin para reclamar la modificación de la arquitectura de seguridad europea. Mas los países que se consideraban “vencedores” de la Guerra Fría desdeñaron o minimizaron esa posibilidad y decidieron mantener una política de “puertas abiertas”. Más adelante, pese a las sucesivas declaraciones y acciones del presidente Putin desde su acceso al poder, continuaron con sus inmutables “hojas de ruta” y muchas veces con grandes dificultades para coordinar acciones comunes.

Tampoco tuvieron demasiado cuidado en brindar respuestas y soluciones más expeditas a los países de Europa Oriental más expuestos a eventuales agresiones, ni les brindaron la protección a la que, en ciertos casos, estaban comprometidos por acuerdos previos. Los casos de Georgia, amputada en su territorio luego de una breve guerra con Rusia en 2008, y de Ucrania, también amputada territorialmente con la anexión de Crimea en 2014, son ejemplos evidentes de la falta de previsión y de reacción occidentales y del descuido en el que incurrieron con respecto a los países en riesgo.

### ¿Ucrania debe ser neutral?

En la década de los noventa, ya Zbigniew Brzezinski, asesor de seguridad nacional de los Estados Unidos –de la Administración Carter-, advertía que *“la independencia de Ucrania es una garantía para un futuro no imperial de Rusia y la*



*paz en Europa*". "Es geopolíticamente esencial que Ucrania consiga estabilizarse como un estado seguro e independiente. Ello incrementará automáticamente las posibilidades para una evolución de Rusia hacia un estado post-imperial en vías de democratización y progresivamente europeo. El esfuerzo deliberado –no solo económico sino también político– para consolidar una Ucrania soberana y estable debe ser un componente crítico de la estrategia occidental"<sup>3</sup>. Brzezinski entendía, como muchos otros, que una Ucrania libre, fuerte y democrática es el mejor reaseguro para contener las políticas neo-imperialistas de su vecino, y para promover relaciones e inversiones europeas que contribuyan al desarrollo de su pueblo y a garantizar la paz en la región.

¿Y ello por qué? Porque Ucrania no es un pequeño país sin incidencia en el escenario mundial y, particularmente, en el escenario europeo: es un Estado clave, por su tamaño (mayor al de Francia y España, el más extenso en Europa Occidental), por su población de algo más de 44 millones de habitantes, por sus recursos naturales y energéticos. Y finalmente, pero no menos importante, por su ubicación geográfica, lindando con varios países europeos al Occidente y una larga frontera con Rusia al Este.

Una Ucrania inestable podría impactar negativamente en sus vecinos europeos más próximos, como Hungría, Polonia, Rumania, Eslovaquia o los países bálticos. Una Ucrania estable, democrática y próspera puede, al contrario, influir favorablemente en la paz y la seguridad de la región, no solo en su ámbito natural de pertenencia sino también en la región euroasiática, hacia el este de sus fronteras.

En un mundo ideal, así como en pura teoría geopolítica, teniendo en cuenta no solo dichos condicionantes históricos y geográficos, sino también la real desproporción de recursos que existe entre Ucrania y la Federación Rusa, sería tal vez razonable que Ucrania accediera a un *status* de neutralidad, teniendo como contrapartida las garantías suficientes del respeto a su soberanía y su integridad territorial.

---

<sup>3</sup> Zbigniew Brzezinski: *The Cold War and Its Aftermath*, Foreign Affairs, Otoño 1992.

Pero vivimos en el mundo real, donde si bien es aplicable la *realpolitik*, también cuentan los intereses y las percepciones de un pueblo que ya sufrió varias invasiones y ataques de todo tipo de su gran vecino, y que tuvo la experiencia de que las promesas de Rusia, Estados Unidos y Gran Bretaña en 1994 –así como de Francia y China– no impidieron la anexión de Crimea ni la ocupación de parte de su territorio oriental.

En efecto, en 1994 las potencias, una vez más, decidieron el futuro de Ucrania sin que esta pudiera oponer grandes objeciones. El país estaba en pleno proceso de reafirmación de su independencia, de construcción de instituciones democráticas e intentaba reconstruir su economía, para lo cual necesitaba asistencia financiera. Estados Unidos quería evitar el riesgo de armas nucleares dispersas en varios países y consideraba que Moscú era un interlocutor válido, o al menos uno conocido. Rusia quería recuperar el arsenal nuclear fabricado y estacionado en Ucrania durante la época de la Unión Soviética.

Fue así como, en septiembre de 1994, Estados Unidos, Gran Bretaña, la Federación Rusa y Ucrania suscribieron el Memorando de Budapest, por el cual Ucrania renunció a su arsenal nuclear –en ese momento el tercero en importancia a nivel mundial– y a cambio esos países prometieron asegurar la inviolabilidad de sus fronteras, su integridad territorial y su independencia. Francia y China se adhirieron inmediatamente después.

Los compromisos asumidos por las potencias surgen claramente del texto del Memorando:

*“1. The Russian Federation, the United Kingdom of Great Britain and Northern Ireland, and the United States of America reaffirm their commitment to Ukraine, in accordance with the CSCE Final Act, to respect the independence and sovereignty and the existing borders of Ukraine”; “2. ...reaffirm their obligation to refrain from the threat or use of force against the territorial integrity or political independence of Ukraine, and that none of their weapons will ever be used against*

*Ukraine except in self-defense or otherwise in accordance with the Charter of the United Nations” and “4. ... reaffirm their commitment to seek immediate United Nations Security Council action to provide assistance to Ukraine, as a non-nuclear state party of the Treaty on Non-Proliferation of Nuclear Weapons, if Ukraine should become a victim of an act of aggression or an object of a threat of aggression in which nuclear weapons are used...”<sup>4</sup>*

Sin embargo, veinte años después, cuando uno de los firmantes, Rusia, ocupó y anexó Crimea, los países parte restantes no reaccionaron en forma enérgica, faltando así a los compromisos que habían oportunamente asumido.

Más aún, por los acuerdos celebrados entre Rusia y Ucrania desde la independencia de esta última y, en particular, el acuerdo para el arriendo de la base naval de Sebastopol en Crimea como asiento de la flota rusa del Mar Negro, celebrado entre los presidentes Yeltsin y Kuchma en el año 1997 y prorrogado por los presidentes Medvedev y Yanukovich hasta 2014, la Federación Rusa reconocía de manera incontestable la soberanía ucraniana sobre ese territorio, que ahora Putin pretende desconocer.

Es comprensible entonces –aunque no sea la solución ideal desde el punto de vista internacional– que el pueblo ucraniano procure otro tipo de protección, que estima solo puede darle la membresía en la OTAN y en la UE, llegando incluso a plasmar esas aspiraciones en la Constitución ucraniana, que desde 2019 establece esos objetivos como un mandato ineludible para sus gobiernos.

La primera aproximación de Ucrania a la OTAN data de la década de los noventa, poco después de su declaración de independencia: en 1997 se estableció la Comisión OTAN-Ucrania, para el desarrollo de una cooperación que se intensificó especialmente a partir de 2014, a raíz de las acciones militares de Rusia en el este de Ucrania y la anexión de la península de Crimea.

---

<sup>4</sup> Memorandum on security assurances in connection with Ukraine’s accession to the Treaty on the Non-Proliferation of Nuclear Weapons. Budapest, 5 de Diciembre de 1994. Entrada en vigor en la fecha de su firma: 5 de Diciembre de 1994. Registro en la Secretaría de las Naciones Unidas: Ucrania, 2 de Octubre de 2014.

Poco antes de la guerra ruso-georgiana de agosto de 2008 y en el marco de la Cumbre de Budapest de la OTAN celebrada en abril de ese mismo año –la última a la que el presidente Putin asistiera como invitado–, la Alianza, haciendo honor a su “política de puertas abiertas”, acogió con satisfacción las aspiraciones de Ucrania y Georgia a ingresar y acordó que “estos países se convertirían en miembros de la OTAN”, extendiendo a ambos una invitación a incorporarse como miembros de la alianza “en el futuro”, sin precisar una fecha<sup>5</sup>.

Por diversas razones, entre ellas una no menor (la falta de consenso de sus miembros sobre dicha ampliación), esa invitación nunca se materializó y no se ofreció a estos países ningún plan de acción para su adhesión. Tampoco estaban dadas las condiciones para una incorporación, ya que ni Ucrania ni Georgia cumplían con todos los requisitos establecidos por la OTAN para nuevas membresías. Pero esa prolongada indefinición creó una situación cada vez más difícil para Ucrania, frente a una Rusia que consideraba su acceso a la OTAN como una infranqueable “línea roja”.

En ese interin, hubo sin embargo un periodo de algo más de cuatro años en los que Ucrania fue formalmente “un país no alineado, con política de neutralidad”: ello ocurrió bajo la presidencia de Viktor Yanukovich, de clara orientación pro-rusa, quien impulsó la “ley de Neutralidad”. A cambio, el entonces presidente ruso Dmitri Medvedev lo invitó a integrarse a la Organización de Cooperación Eurasiática, paso que Yanukovich no pudo concretar debido a la oposición de la opinión pública ucraniana, progresivamente interesada en la integración europea.

A propósito de esa búsqueda de acercamiento a las instituciones europeas, Peter Dickinson decía a fines de 2018 que “*Rusia está siendo abandonada, no rodeada*” e indicaba este como un problema recurrente en el mundo post-soviético. “La inclinación natural de antiguos estados vasallos del Kremlin a buscar la

---

<sup>5</sup> Peter Dickinson es Miembro no-residente del Atlantic Council y fue editor de la revista Business Ukraine.

protección de la comunidad Euro-Atlántica ha sido normalmente mal percibida como expansionismo imperial de Occidente”<sup>6</sup>.

Como consecuencia de las ocupaciones de Crimea y el Donbass, el 23 de diciembre de 2014 Ucrania renunció a su estatus de país no alineado y reafirmó al mismo tiempo su aspiración a ingresar en la OTAN. La Ley aprobada en la ocasión por la Rada ucraniana (Parlamento) señala que “*la agresión de Rusia contra Ucrania*”, la “*anexión ilegal de Crimea*” por parte de Moscú y la “*intervención militar*” rusa en el este del país determinan “*la necesidad de buscar garantías más eficaces de independencia, soberanía, seguridad e integridad territorial*”.

Se abría así la vía para formar parte de alianzas o bloques militares de defensa y, concretamente, de la Alianza del Atlántico Norte. Rusia reaccionó de inmediato a la votación de la Rada Suprema calificándola de acto hostil, mientras la OTAN mostró respeto por la decisión, aunque sin expresar compromisos.

Ante los reclamos de la sociedad ucraniana por una mayor aproximación a los mecanismos europeos de integración, el 7 de febrero de 2019 la Rada Suprema adoptó –con amplia mayoría– una ley que enmienda la Constitución ucraniana, con el objetivo de garantizar la irreversibilidad del curso del país hacia su integración en la Unión Europea y en la OTAN. La ley fue aprobada por 334 votos a favor, sobre un total de 358 legisladores registrados en la sesión parlamentaria.

Con la excepción del exministro de Energía Yuri Boiko, pro-ruso, los demás candidatos presidenciales en las elecciones de ese año, como la ex primera ministra Yulia Tymoshenko o Volodimir Zelenski, actual presidente de Ucrania, apoyaron la vía europea del país y su futura incorporación a la OTAN, teniendo en cuenta el comportamiento del “*estado agresor*” vecino, en referencia a Rusia. La ley adoptada incluyó en el preámbulo de la Carta Magna ucraniana la identidad europea de los ucranianos y la irreversibilidad del curso europeo y euro-atlántico.

---

<sup>6</sup> “La OTAN mantiene una política de puertas abiertas “a cualquier otro Estado europeo que esté en condiciones de favorecer el desarrollo de los principios del presente Tratado y de contribuir a la seguridad de la región del Atlántico Norte.” (Artículo 10 del Tratado de Washington).

También estableció que el presidente de Ucrania será el garante de la implementación del curso estratégico para la incorporación del Estado como miembro pleno a la UE y a la OTAN, lo que garantiza que, de no mediar una enmienda a la Constitución, el primer mandatario de Ucrania deberá seguir esta vía, sin importar su filiación política o su afinidad con otros países.

Las acciones bélicas lanzadas por el presidente Putin a fines de febrero parecen darles la razón.

Por el otro lado, no puede ignorarse la legendaria preocupación rusa por una eventual invasión de su territorio, debido a la inexistencia de fronteras naturales con sus vecinos más próximos. Para Rusia, esta fragilidad de sus fronteras constituye desde siempre una cuestión de seguridad nacional, que la impulsa a estar rodeada por estados neutrales –o bajo su égida– que actúen como un tapón –*buffer states*– entre las fuerzas de la OTAN y la Federación Rusa. No solo políticos rusos reclamaron reiteradamente la no extensión de la OTAN: algunas autorizadas opiniones occidentales, particularmente estadounidenses, han advertido sobre la inconveniencia de la ampliación de la OTAN. Kennan, Kissinger, William Burns, incluso Baker, entre otros, señalaron en su momento la necesidad de contemplar los intereses rusos y evitar la posibilidad de futuras situaciones conflictivas.

Sin embargo, las acciones del presidente ruso hasta ahora han obtenido precisamente el resultado contrario a lo que busca; si, como dijo hace unos meses, los pueblos ruso y ucraniano son uno solo y Ucrania es solo un territorio que debe volver a unirse estrechamente a Rusia, no es este el camino. En septiembre de 2021, el 81 % de los ucranianos dijo tener una opinión negativa de Putin y solo el 15 % de los ucranianos encuestados declaró tener una percepción positiva hacia el líder ruso, según el sitio de noticias ucraniano RBC-Ucrania.

El sentimiento nacional ucraniano se ha acentuado cada vez más en la población y, particularmente a partir de 2014, la gran mayoría de los ucranianos –

incluyendo a los ruso-parlantes del sur y el este del país– rechaza una unión con Rusia y quiere mantener el rumbo democrático y europeo de su país. Esta decisión se magnificará sin duda, como reacción a la presente invasión rusa.

Ello es percibido por Moscú como una traición y una amenaza para el futuro de la Federación Rusa: constituye un contraste con el régimen autoritario de su gobierno y ayuda a comprender por qué Putin está dispuesto a llegar a ciertos extremos para contrarrestarlo.

En lo que respecta a la cuestión de la seguridad nacional, la absorción de Ucrania en el estado ruso –total o a través de gobiernos títeres– también iría en contra de un interés esencial de la Federación Rusa, ya que ampliaría de manera exponencial sus actuales fronteras con la OTAN, por ahora reducidas a Estonia y Letonia en el noroeste.

### El mito de la Crimea “rusa”

¿Crimea es rusa? ¿Ucraniana? ¿Griega? ¿Tártara? La muy complicada historia de la península no permite sacar conclusiones definitivas sobre a quién corresponde la preeminencia histórica sobre ella. Fue sucesivamente ocupada por griegos, tártaros, turcos, eslavos (rusos y ucranianos); fue objeto de una de las guerras más decisivas del siglo XIX (la Guerra de Crimea) entre el Imperio Ruso y el reino de Grecia contra el Imperio Otomano, Gran Bretaña, Francia y el reino de Cerdeña, guerra finalmente ganada por esta coalición, que desalojó al Imperio Ruso. A partir del año 1954 fue definitivamente incorporada a Ucrania.

Pese a la complejidad de sus orígenes y a los sucesivos traspasos, es posible sin embargo, determinar a quién corresponde actualmente según el derecho internacional y conforme a uno de los principios fundamentales de la Carta de las Naciones Unidas: la integridad territorial de los Estados. Crimea es ucraniana y así

lo ha reconocido la Federación Rusa en varias oportunidades luego de la disolución de la Unión Soviética.

La pretensión de Vladimir Putin sobre la pertenencia de Crimea a la Federación Rusa se basa en hechos históricos parciales –el periodo de dominación rusa de la península fue de 171 años en sus 3000 años de historia–; al tiempo que desconoce sus orígenes, su población pasada y actual y el estatus reconocido por toda la comunidad internacional, basado en el principio de integridad territorial. Las fronteras de Ucrania son las que se establecieron durante la Unión Soviética – Crimea era parte de la República Socialista Soviética de Ucrania–, las cuales fueron reconocidas al momento de la desintegración de la URSS e incluso después, hasta marzo de 2014.

Putin debería saber y aceptar que en el siglo XXI los límites territoriales de un Estado independiente no pueden ser cambiados por la fuerza.

El presidente ruso invoca también, como fundamento del “anschluss” de Crimea, que es su deber proteger a la población rusa que la habita. Esa idea de “protección” sería la que, en 1944, llevó a la deportación masiva de la población tártara y en 2014, a la anexión por la fuerza para desalojar a los “fascistas” ucranianos. La preeminencia de la lengua rusa en la península y su gran afinidad con Rusia se explican por la larga y reciente pertenencia a la Unión Soviética, en la cual el único idioma oficial era el ruso, así como –de manera determinante– a la permanencia en el puerto de Sebastopol de la Flota Rusa del Mar Negro, en virtud de un acuerdo de arrendamiento con el Estado ucraniano.

En este caso, es preciso recordar que la población actual de Crimea, compuesta por ucranianos, rusos y tártaros, al momento de la anexión tenía en su mayoría la ciudadanía ucraniana, de conformidad con las leyes de la Unión Soviética en la materia.



A partir de la anexión de Crimea y hasta sus más recientes declaraciones, Vladimir Putin insiste en la noción que Crimea fue “un regalo” de Nikita Khrushchev a Ucrania en el año 1954, con la intención de descalificar cualquier pretensión de Ucrania a su soberanía sobre la península, basándose en una supuesta “ilegalidad” de origen. Sin embargo, en la Rusia soviética, una decisión de tal magnitud no podía ser tomada por un solo hombre. En enero/febrero de 1954, cuando se tomó la decisión de transferir Crimea a la República Socialista Soviética de Ucrania, Khrushchev no tenía el poder formal ni material para decidirlo por sí solo. Otros líderes, que habían asumido el poder a la muerte de Stalin en 1953, le precedían en la escala de mando: Georgiy Malinkov, Lavrentiy Beria, Kliment Voroshilov... En efecto, la sesión del Presidium del Consejo Supremo del Partido del día 25 de enero de 1954, en la cual se adoptó la decisión, fue presidida por Malinkov, con la presencia, entre otros, de Khrushchev y Voroshilov<sup>7</sup>.

El 5 de febrero, el Consejo de Ministros de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia confirmó la decisión de la transferencia de Crimea en estos términos: *“Tomando en cuenta la inclinación territorial de la región de Crimea hacia la República Socialista Soviética de Ucrania, la comunidad de intereses económicos y los cercanos lazos económicos y culturales entre la región de Crimea y la RSS de Ucrania, el Consejo de Ministros de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia decide: Reconocer que es conveniente transferir la Región de Crimea de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia a la República Socialista Soviética de Ucrania...”*<sup>8</sup>.

La cesión fue posteriormente reconocida por los sucesivos gobiernos rusos en su legislación interna de nivel constitucional, así como en varios tratados bilaterales, acuerdos multilaterales y declaraciones de sus máximas autoridades. La Constitución de la República Socialista Soviética de Ucrania adoptada en el año 1978 describía en su Artículo 77 las regiones que la integraban, entre las cuales se

---

<sup>7</sup> Minuta 49 de las Resoluciones del Presidium del Comité Central del Partido Comunista 1953-1966, del 25 de enero de 1954.

<sup>8</sup> Sergiy Hromenko, “Crimea Is Ours - History of the Russian Myth”, 2017.

incluía a Crimea. Al mismo tiempo, en la Constitución de la República Socialista Soviética de Rusia de ese año, no se mencionaba a Crimea.

Poco tiempo antes de la disolución formal de la Unión Soviética, ya las dos Repúblicas habían comenzado a construir una relación bilateral sobre nuevas bases. En noviembre de 1990, Leonid Kravchuk y Boris Yeltsin firmaron un Tratado entre ambas Repúblicas, cuyo artículo 6 establecía que *“las Altas Partes Contratantes reconocen y respetan la integridad territorial”* de ambas Repúblicas *“en el marco actual de las fronteras de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas”*<sup>9</sup>. El mismo principio se aplicó en el Acuerdo sobre el Establecimiento de la Comunidad de Estados Independientes el 8 de diciembre de 1991. Otras declaraciones y acuerdos continuaron en esa línea, en particular la Declaración sobre el Respeto a la Soberanía, Integridad Territorial y la Inmunidad de Fronteras de los Estados Miembros de la Comunidad de Estados Independientes de abril de 1994, de la cual Ucrania era Estado observador invitado a integrarla.

Ese mismo año Rusia suscribió, junto a Gran Bretaña y los Estados Unidos, el Memorando de Budapest, por el cual se comprometía a respetar y defender la soberanía e integridad territorial de Ucrania; y en el año 1997, la Federación Rusa y Ucrania suscribieron el Gran Tratado de Amistad, Cooperación y Asociación entre ambos Estados, por el cual Rusia renunciaba expresamente a cualquier reclamo territorial.

La pertenencia de la península de Crimea a Ucrania había sido también reconocida y ratificada en junio de 1992 por el acuerdo de Yalta sobre la base naval de Sebastopol, entre los presidentes Yeltsin y Kravchuk. En 1997, en el marco de las negociaciones tendientes a la firma del “Gran Tratado de Amistad” y a cambio de reconocer definitivamente las nuevas fronteras, Moscú se quedó con el 80 % de la flota del mar Negro y firmó un acuerdo para conservar la base naval de Sebastopol por 20 años, hasta 2017. Ese acuerdo fue renovado en 2010, bajo las presidencias

---

<sup>9</sup> Nota de la autora: Leonid Kravchuk fue el último Primer Secretario del Partido Comunista Ucraniano de 1990 a 1991 y el primer Presidente de Ucrania entre el 5 de diciembre de 1991 hasta el 19 de julio de 1994.

de Dmitri Medvedev y Viktor Yanukovich, prorrogando su vigencia hasta el año 2042, en un nuevo y más reciente reconocimiento de la soberanía ucraniana sobre la península.

Por último, es interesante recordar aquí declaraciones de Vladimir Putin y Serguei Lavrov, respecto a Crimea:

“Crimea no es un territorio en disputa. Y Rusia ha reconocido desde hace mucho tiempo las fronteras de la Ucrania de hoy. Hemos completado nuestras negociaciones sobre toda la frontera. Ahora debemos trabajar sobre la demarcación, pero esta es una cuestión técnica<sup>10</sup>. Hay procesos complejos que se están dando en la sociedad (en Crimea). Son problemas de los tártaros de Crimea, la población ucraniana, la población rusa y, en general, la población eslava. Pero este es un problema interno de Ucrania.”

Vladimir Putin, en entrevista con el canal alemán de televisión ARD, 29 de agosto de 2008.

“Los presidentes Yeltsin, Putin, Medvedev se han referido consecuentemente al estatus de Crimea. Cada uno de nosotros tiene reminiscencias, recuerdos nostálgicos, pero cualquier político responsable y cualquier persona normal que viva en Rusia o en cualquier otro país debería entender que resucitar la cuestión de Crimea significa derramamiento de sangre. Y nadie lo necesita”.

Serguei Lavrov, Ministro de Relaciones Exteriores de la Federación Rusa, en entrevista con la emisora de radio Echo, de Moscú, 5 de junio de 2011.

## El mito de la mayoritaria población rusa en el sureste de Ucrania

La principal justificación invocada en febrero de 2022 por el presidente Putin para invadir Ucrania ha sido la “protección de los ciudadanos rusos en la

---

<sup>10</sup> Nota de la autora: las cuestiones técnicas pendientes no se referían a Crimea –sobre la cual no existía disputa territorial en ese momento–, sino a puntos aislados en la extensa frontera terrestre y marítima entre Ucrania y la Federación Rusa pendientes de delimitación definitiva.

región del Donbass”. Ello lo habría llevado, a partir del año 2014, a respaldar a los separatistas ucranianos en el este de Ucrania quienes, después de la huida hacia la Federación Rusa del expresidente Viktor Yanukovich, se rebelaron contra el gobierno provisional surgido de la Revolución de Maidán, llamada la “Revolución de la Dignidad”. Luego de un largo enfrentamiento de ocho años entre el Gobierno ucraniano y los separatistas apoyados por Rusia, del fracaso de las negociaciones con la participación de Francia y Alemania para alcanzar un acuerdo, y de la falta de cumplimiento de los Protocolos de Minsk por ambas partes en el conflicto, el Presidente Putin resolvió reconocer las autoproclamadas repúblicas de Donetsk y Lugansk, el 21 de febrero del año en curso.

Las regiones separatistas abarcan aproximadamente un tercio de la región de Donbass –las dos terceras partes restantes siguen bajo control del gobierno ucraniano– y colindan con Rusia, lo cual ha intensificado tradicionalmente los lazos económicos y culturales con el país vecino. Su población tiene efectivamente un componente mayor de etnicidad rusa que otras regiones de Ucrania, pero la etnia rusa no es excluyente en la región. Especialmente a partir de la independencia de Ucrania en 1991, los diversos componentes de la sociedad se fueron identificando cada vez más con la común nacionalidad ucraniana y muchos líderes políticos a nivel nacional provienen de las regiones del sudeste ucraniano, como el Donbass. Para comprobar esta afirmación, basta con observar la feroz resistencia a la invasión rusa en las regiones del Donbass bajo control ucraniano o en ciudades como Kharkiv, excapital de Ucrania, segunda ciudad en importancia del país y fronteriza con Rusia o en Mariupol, ciudad-puerto sobre el Mar de Azov. Encuestas llevadas a cabo en diciembre de 2021 por el Instituto de Sociología de Kiev y por la Fundación de Iniciativas Democráticas y Centro de Analítica Razumkov, ambos independientes, reflejan que incluso el este y el sur de Ucrania se inclinan por estrechar lazos con la Unión Europea y no están interesados en una unión con Rusia, aunque en proporciones menores que el centro y el oeste del país<sup>11 y 12</sup>.

---

<sup>11</sup> Instituto Internacional de Sociología de Kiev (KIIS), encuesta realizada entre el 13 y el 16 de diciembre de 2021 sobre todo el territorio de Ucrania, con excepción de los territorios temporalmente ocupados:

- Si hubiera un referéndum para el ingreso de Ucrania a la Unión Europea, el 75,5 % de los

¿De dónde surge entonces la idea de que Rusia debe “proteger” a los ciudadanos rusos en el Donbass? Fundamentalmente se basa en que el idioma ruso es el más hablado en esa región, por las razones ya descritas, así como en la gran cantidad de pasaportes rusos extendidos a ciudadanos del Donbass –el Gobierno ruso ha reconocido haber distribuido más de 800.000 pasaportes de esa nacionalidad a ciudadanos en las zonas ocupadas de Donetsk y Lugansk. Esto último permite al Kremlin invocar la “obligación” del gobierno de proteger a cualquier ciudadano ruso “donde quiera que esté”, obligación esta incorporada por referéndum en la Constitución rusa en agosto de 2020. Por otro lado, entre las modificaciones más importantes a la Carta Magna de Rusia figura también la enmienda que establece la prioridad de la Constitución rusa sobre el Derecho internacional.

## Conclusiones

La anexión de Crimea en el año 2014, violando la soberanía y la integridad territorial de Ucrania en un momento de gran debilidad de su gobierno central, fue

---

ucranianos participantes de las regiones oeste y centro del país estarían a favor; el 21.6 % no lo apoyaría.

- Si se hiciera un referéndum para incorporarse a la OTAN, el 59,2 % de los encuestados votaría a favor; el 28,1 % no lo apoyaría.

<sup>12</sup> Fundación de Iniciativas Democráticas y Centro Analítico Razumkov, encuesta nacional realizada entre el 17 y el 22 de diciembre de 2021 en todas las regiones de Ucrania, con excepción de los territorios ocupados de Crimea y algunas áreas de las regiones de Donetsk y Luhansk:

- La mayoría de ucranianos (65 %), incluso en las regiones del Sur (44 %) y del Este (39 %), cree que Rusia inició la guerra en el Donbass utilizando simpatizantes locales. La cifra asciende a 89 % en el Occidente y a 74 % en el centro de Ucrania.

- En general en toda Ucrania, solo el 15 % de los ciudadanos consideran que es un conflicto civil; la cifra aumenta en el este de Ucrania (33 %), pero aún allí son mayoría quienes perciben que es resultado de una agresión rusa (42 %).

- La mayoría de ucranianos (54 %) cree que la opción más deseable para el futuro político de los territorios ocupados en el Donbass sería su regreso al control ucraniano en las condiciones previas al conflicto. Hay menos apoyo por una autonomía formal (13 %), regreso a control ucraniano con la expansión de auto-gobierno (10 %); la opción de independencia o de incorporación a la Federación Rusa es marginal (3 % cada una).

- El 43 % de ucranianos estaba dispuesto a comprometerse en la defensa del país de una u otra forma contra una creciente agresión rusa; 10,5 % estaba dispuesto a enrolarse en las Fuerzas Armadas, 9 % a unirse a las fuerzas militares voluntarias y el 23 % expresó su voluntad de proveer toda clase de asistencia no militar. El 22,5 % no creía que habría una nueva invasión.

un golpe inesperado para la comunidad internacional. En pleno siglo XXI, un Estado agresor intentaba modificar los límites internacionalmente aceptados de un Estado independiente, con el cual mantenía históricas relaciones de vecindad. La mayoría de los países condenaron la agresión rusa y muchos de ellos, particularmente de la esfera occidental, impusieron sanciones económicas al Kremlin. Pero no fue suficiente para detener la agresión o para revertir su resultado. Los “*little green men*” que rodearon el Parlamento ucraniano y tomaron la península, posteriormente reconocidos por el presidente Putin como “soldados rusos” sin identificación, lograron su objetivo y recuperaron para Rusia un territorio largamente codiciado.

Poco después fueron “separatistas” ucranianos quienes ocuparon áreas de las provincias de Donetsk y Lugansk, con el apoyo de Rusia. El mundo asistió a una nueva pretensión de mutilación del Estado ucraniano e incluso al derribo de un avión de Malaysia Airlines con 298 nuevas víctimas del conflicto, el que ya se ha cobrado más de 14.000 vidas.

Estas acciones, que parecieron en principio favorables al expansionismo ruso, al mismo tiempo sembraron en la sociedad ucraniana la determinación de luchar con mayor firmeza ante cualquier nueva amenaza. Contribuyeron, no a convencer a más ciudadanos ucranianos de las ventajas de volver a la égida rusa, sino todo lo contrario: el pueblo ucraniano está ahora más determinado que nunca a seguir con el curso de su integración a las instituciones europeas.

En febrero de 2022, la conmoción fue infinitamente mayor cuando el presidente Putin decidió la invasión armada de Ucrania, en abierta violación de los principios fundamentales de la Carta de las Naciones Unidas, amenazando la paz y la seguridad internacionales en una forma que no se había visto desde la Segunda Guerra Mundial. Una potencia nuclear, con asiento permanente en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, había atacado con todo su poderío militar a un Estado limítrofe, con el objetivo declarado de deponer a su gobierno. No solo una violación de la paz, la seguridad y la integridad territorial de otro Estado, sino

también la extensión de su injerencia en los asuntos internos de Ucrania más allá de las regiones orientales y la pretensión de anular su gobierno central.

Bajo la amenaza latente del uso de su poderío nuclear, Rusia no solo pretende subyugar a Ucrania, sino también y sobre todo, modificar la arquitectura de seguridad euro-atlántica e impedir que Ucrania se adhiera a la Unión Europea y a la OTAN.

Es un punto culminante de una estrategia concebida y desplegada por Putin a lo largo de dos décadas, cuyo objetivo final es la recuperación del poder y el prestigio rusos como en los tiempos del zarismo, e instalarlo definitivamente como una de las potencias rectoras del mundo, en un escenario superador del unipolarismo estadounidense.

Las acciones y la estrategia del líder ruso encuentran su fundamento público en los mitos que sostienen su discurso.

Solo que 2022 no es 2014. El factor que probablemente Putin no había previsto es la extraordinaria resistencia del pueblo ucraniano, incluso en las regiones del sur y el este del país más cercanas a Rusia. Y en ese escenario imprevisto, se destaca la inspiradora y decidida conducción del presidente Volodímir Zelenski, que se ha convertido en un verdadero líder para su pueblo.

En todo mito o leyenda hay algo de realidad; en el futuro, el pueblo de Ucrania y su líder estarán sin duda en el origen de leyendas inspiradoras de libertad, independencia y heroísmo.